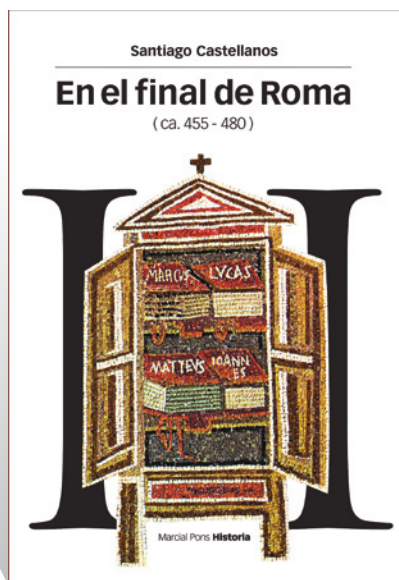


En el final de Roma



FICHA BIBLIOGRÁFICA

SANTIAGO CASTELLANOS, *En el final de Roma* (ca. 455-480), Madrid, Marcial Pons, 2013, 339 págs. ISBN: 978-84-92820-87-0.

Esther Sánchez Medina **Universidad Autónoma de Madrid**

“Y que el miedo del hombre ha inventado todos los cuentos”, así, con un verso de León Felipe perteneciente a *Sé todos los cuentos*, comienza *En el final de Roma*, la obra que Santiago Castellanos ha dedicado a los últimos veinticinco años del Imperio romano occidental. Este poema, con el que tan bellamente nos invita el autor a iniciar la andadura hacia la última etapa de la historia del Occidente romano, habla de gritos de angustia, de llantos y de miedo, un

miedo que no debió ser muy distinto al que tuvieron los protagonistas del libro en aquellos años en los que el –en otro tiempo omnímodo– poder de Roma llegaba a su fin.

El periodo comprendido entre la muerte del emperador Valentiniano III y la de Julio Nepote es el que centra esta investigación, que si bien abarca una cronología que ha despertado enorme interés desde hace siglos, presenta con ocasión de este libro un análisis novedoso. Ese interés y la enorme cantidad de historiografía generada, así como las diversas corrientes interpretativas aparecidas en las últimas décadas están recogidos con precisión en la introducción de esta obra, publicada en la prestigiosa serie histórica de la editorial *Marcial Pons*, la cual ya cuenta con otras referencias dedicadas a la Antigüedad tardía.

Santiago Castellanos, profesor de la Universidad de León, ha consagrado su carrera académica al conocimiento de la Tardoantigüedad, con especial incidencia en la España visigoda de la que es un buen conocedor. Ese bagaje de años le permite tratar ahora el Occidente romano en su conjunto, a través de un inteligente análisis de las fuentes literarias que se ven completadas en su información con los avances arqueológicos más recientes. Ese notable esfuerzo por tratar ambos aspectos convierte este ensayo en un trabajo integrador, pues si bien el estudio literario es mucho más notable y necesario para la hipótesis del libro, las últimas conclusiones arqueológicas han sido tenidas en cuenta.

La idea principal sobre la que se articula la obra es la reacción de las élites a la crisis del Imperio y cómo las soluciones vertebradas por esas mismas élites terminarán por provocar una gran transformación en las estructuras tardías de poder. Asimismo se analiza otro interesante proceso de construcción histórica, o quizá debiéramos decir, historiográfica: la caída definitiva de Roma en el 476. Una construcción que sirvió, a su vez, no solo para explicar el fin de la parte occidental del Imperio, sino también para legitimar el proceso de conquista protagonizado por el ya por entonces único augusto Justiniano, emperador de la parte oriental, a través de su proyecto de recuperación de los territorios occidentales y la *renovatio imperii*.

Ya desde la introducción, Castellanos plantea la duda de cómo percibieron los contemporáneos los acontecimientos que desembocaron en eso que nosotros hemos dado en llamar “el fin de Roma”, y lo hace no solo a través del análisis de las fuentes más cercanas (ss. V-VII), sino que también ofrece al lector un buen repaso de la historiografía generada en torno a este asunto y la interpretación que esta historiografía hace de las fuentes tanto literarias como referidas a la cultura material. En ese repaso desfilan desde Piganiol a Courcelle, Stein o Jones, pasando por los más actuales Brown, Heather, Ward-Perkins o Wickham. En conjunto, podemos decir que se ofrecen abordajes desde muy distintas ópticas y luces diversas: fiscalidad, evolución de las principales instituciones, economía, la dimensión cultural del mundo tardoantiguo, su universo religioso, etc. Todo ello invita al lector a profundizar en el estudio de la época, ofreciéndole un amplio elenco de posibles lecturas que vengan a completar el análisis ofrecido en este libro.

Esta monografía se articula en torno a seis capítulos amplios, a excepción del segundo y el sexto, dedicados éstos a los bárbaros y significativamente más breves. Lo primero que sorprenderá al lector, apenas eche una ojeada al índice son los títulos elegidos: poco habituales y muy literarios en algunos casos. Baste mencionar unos pocos: *Cubiertos con pieles y con una larga cabellera* (en el cap. 2), *Todo el orbe aprueba esta decisión* (cap. 3), *En tal extremo de miserias* (cap. 5) o el muy gráfico, *Del mal olor al buen rey* (cap. 6). En realidad estos títulos y

otros tantos, están muy en sintonía con el tono de la obra, donde las fuentes literarias tienen un protagonismo absoluto. A pesar de ese protagonismo, Castellanos toma todas las precauciones necesarias en relación a esa literatura emanada de las élites, a cuyas solas preocupaciones intenta dar respuestas: reposicionamiento en la crisis, perpetuación de privilegios, etc.

Todo ello se observa con claridad desde el primero de los capítulos (Cap.1. *Entre el material y el discurso retórico. Percepciones de cambio*), destinado al análisis de las evidencias, tanto literarias como arqueológicas. Si bien el esfuerzo por integrar las recientes interpretaciones arqueológicas es del todo meritorio y poco habitual en los historiadores, quizá la información arqueológica pudiera ser integrada de forma más orgánica en el conjunto de la monografía, y no solo en este capítulo, pues del mismo modo que se refleja la contracción mental que sufren las élites a lo largo de la segunda mitad del V, la arqueología refleja la contracción económica, espacial, etc., tan en relación con los episodios narrados para los últimos años del Imperio, especialmente en la década de los setenta y los epígonos de Roma.

A las nuevas ideas sobre la concepción de poder, vienen a unirse nuevas formas de ocupación del espacio –aparición de *castella*, asentamientos en altura, aldeas–, cambios notables en la topografía de las ciudades, desaparición de las *villae*, etc. Si bien la mayor parte de estos cambios se refieren al espacio físico, puede constatarse también, y así lo hace el autor, cómo las élites se verán obligadas a ocupar nuevos espacios simbólicos: lo que Castellanos ha dado en llamar con tanto acierto: la “solución intelectual”. Este concepto que aparece en la anteportada y portada interior del libro, desaparece en cambio de la cubierta, lo cual a nuestro entender es un error, pues el libro trata precisamente de eso, de analizar las soluciones contemporáneas dadas a la crisis final de Roma, siendo totalmente necesario ese magnífico subtítulo solo presente en el interior.

El capítulo segundo está, como ya dijimos, consagrado a los bárbaros. Las brevísimas páginas que lo componen son, en cambio, suficientes para al menos esbozar varios asuntos primordiales. De una parte, la obsesiva utilización de los *topoi* sobre la barbarie en el mundo antiguo, con claros fines moralizantes las más de las veces, y de otra, la relación causal de los bárbaros con el fin del Imperio de Occidente. A ello se suma el debate sobre la etnicidad de la cultura material y sus posibilidades de aportar o no información concluyente, así como los problemas que las teorías etnogenéticas presentan actualmente para la comprensión global del fenómeno del desplazamiento de las *gentes* y su establecimiento e integración en los territorios intraliminales.

El tercer capítulo anuncia ya desde el título (Cap. 3. *Perdieron por su negligencia. Los últimos emperadores*) su contenido. En definitiva, no se trata más que de presentar las causas de la caída de Roma, achacadas –por las fuentes encargadas de conceptualizarla ya en el siglo VI– al mal gobierno y la falta de estabilidad de los postreros emperadores del Occidente. Con una cronología que abarca del 455 al 472, el autor recorre los principales acontecimientos que llevaron al desenlace final en un capítulo necesariamente más convencional. Con un extraordinario manejo de los materiales debido, con seguridad, a los diversos trabajos previos que el autor ha desarrollado sobre Avito, Petronio Máximo o Antemio entre otros, se presentan y analizan las influencias de los principales poderes del periodo: las imprescindibles fuerzas bárbaras (galos y burgundios principalmente), la propia corte constantinopolitana, etc. Quizá hubiera sido necesaria una revisión en profundidad de la importancia de los ejércitos

dálmatas en los desequilibrios que tendrán lugar en las décadas de los sesenta y setenta, si atendemos a la importancia que hombres como el general Marcelino, tío del futuro emperador Julio Nepote, tendrán en la escena política romana de esos años. Su importante papel en el velado conflicto entre Oriente y Occidente, no parece suficientemente destacado por la historiografía actual. Asimismo el grave problema económico ocasionado por la conquista vándala de África, ya en la primera mitad del siglo V, si bien es considerado como primordial a lo largo de toda la obra, podría recibir mayor atención, especialmente en puntos tan sustanciales como los intentos de legitimar su poder mediante el entronque de la casa real vándala con las mujeres teodosianas llevadas a Cartago tras el saqueo de Roma del 455. Esta ambiciosa política vándala tiene a su vez importantes conexiones con la estrategia política de la corte constantinopolitana. Por el contrario, la capacidad destabilizadora del agente geopolítico vándalo desde el punto de vista económico-militar sí ha sido tenida en cuenta, dedicando un suficiente análisis a las fracasadas campañas de recuperación de África, entre las que destaca la de Mayoriano pero que, sin embargo, solo tendrán éxito de la mano del oriental Justiniano casi un siglo después.

En todo caso, lo que puede apreciarse con nitidez en este capítulo, pues su análisis es riguroso, es la progresiva contracción territorial que va a sufrir la parte occidental del Imperio en estos años (también presente en el cap. 5). En la mayoría de las ocasiones, esta renuncia obedecerá a la necesidad de asegurar los territorios nucleares, especialmente la vieja Italia. De esta manera, zonas de enorme importancia histórica como la Galia donde, por otra parte, se generará gran parte de la literatura sobre este final del Imperio y se articulará la “solución intelectual”, se verán sacrificadas en pos del intento de consolidación del corazón imperial. Las enormes implicaciones de este abandono arrastran en parte al resto del Occidente, la ya abandonada e irrecuperable Britania y la compleja *Hispania*, de las cuales Arles seguía siendo la capital prefectural.

Si durante este periodo la influencia de Oriente sobre Occidente será grande y en constante aumento, en los últimos años, entre el 472 y el 476, o incluso el 480, se convertirá en clave. Así lo pone en evidencia Santiago Castellanos en su capítulo cuarto (Cap. 4. *Asumió el título de rey. El final del imperio*), en el cual se muestra con nitidez la total fragmentación del poder romano en manos de los ejércitos y las propias élites regionales, cuyo ejemplo más notable es la elección del emperador Glicerio por Gundobado. Sin embargo, solo dos fuentes, posteriores al hecho, considerarán el 476 como el punto final de Roma. Se trata de Marcelino y Jordanes, dos autores latinos del siglo VI afincados en Oriente, los cuales, con sus narraciones, contribuirán a la creación del mito del 476 y a la legitimación posterior de la *renovatio imperii*. En este capítulo se analizan también algunos de los reposicionamientos de las élites, en concreto, los de algunos emperadores, los depuestos Avito y Glicerio, los cuales serán ordenados en sendas sedes episcopales o el exilio dálmata de Julio Nepote, a la espera de una mejor situación que le permitiese volver a la púrpura italiana. La reubicación en la esfera eclesial será una solución habitual en época tardía, que como tendremos ocasión de ver en el siguiente capítulo, provocará que las élites dediquen sus esfuerzos a la creación de un nuevo lenguaje dentro de la Iglesia que les permita la perpetuación e incluso la mejora de sus anteriores privilegios. Antes de terminar con la presentación del capítulo cuarto, nos gustaría reseñar un pequeño error, sin aparente trascendencia para el análisis histórico. En la página 168

se presenta a Nepote como pariente del emperador León, cuando en realidad, si seguimos la única fuente que cita este asunto, Nepote sería el esposo de una pariente de la emperatriz Verina (cf. Malco, *frag.* 10). Si bien el hecho en sí pudiera resultar totalmente baladí, la realidad es que el conflicto abierto entre Verina y su yerno Zenón, con posterioridad a la muerte de León I, podría ayudarnos a redimensionar la importancia de este matrimonio y el interés de la emperatriz en reforzar sus lazos con la zona de Dalmacia, único territorio imperial que aún contaba con un ejército en el 476. Por tanto, en el análisis presente en la monografía, no se presenta en ningún momento a Verina como elemento legitimador de Nepote, ni tampoco se ponen en relación los acontecimientos occidentales de finales de la década de los setenta con la revuelta de Basilisco –cuñado de Verina– y las posteriores acciones de Illus, en una inercia historiográfica habitual, que tiende a analizar las dos partes del Imperio por separado.

Los capítulos 5 (*Desprenderse de la patria o del cabello. Buscando una identidad*) y 6 (*Los bárbaros les perdonaron por respeto a Cristo. Negociando el nuevo mundo*), aunque especialmente el primero de ellos, constituyen a nuestro entender el núcleo de la interpretación ofrecida por el autor de este “final de Roma”. Pues, además de procurarnos numerosa información sobre la percepción que las élites tuvieron de la compleja y desfavorable situación que amenazaba su estatus, nos brinda también la oportunidad de conocer las estrategias que les permitieron su mantenimiento, mayoritariamente a través de su entrada en las jerarquías eclesiásticas. El obispo será, en palabras de Castellanos, “reafirmación de la identidad romana de la élite y su referencia”, y en ello radicará precisamente su nuevo poder, en ese carácter referencial que le convertirá a la vez en protector de su comunidad y del legado cultural latino que ésta había atesorado durante siglos. Asimismo, y gracias a su labor como intermediador, el obispo se convertirá también de manera paulatina en una figura cercana a los bárbaros, de cuya relación emanará a su vez parte de ese nuevo poder imbricado en los *regna* que subsiguieron al final del Imperio occidental. Como interesantes ejemplos para la comprensión de este fenómeno propone el autor el estudio comparativo de algunos relatos hagiográficos en los cuales el episcopado es protagonista absoluto (*Vida de Germán de Auxerre; Vida de Epifanio de Pavía; Vida de Severino del Nórico*). De igual manera, se ofrece la posibilidad de observar esa importante mediación a través de la figura de Genoveva de París, destacada figura en el proceso de legitimación y consolidación de la dinastía franca, con la reina Clotilde como su principal valedora. Por su parte, el capítulo final (Cap. 6. *Los bárbaros les perdonaron por respeto a Cristo. Negociando el nuevo mundo*) presenta la integración del “bárbaro” como una necesidad, la cual genera a su vez la exigencia de una mediación, que como ya se anunciaba en el capítulo anterior, será protagonizada por el obispado, el cual verá reforzada su *auctoritas* frente a los fieles a través de esa imprescindible función cívica.

En relación a lo formal cabría destacar la posible mejora a través de la inclusión de un índice onomástico que agilizase, por ejemplo, la consulta de pasajes relacionados con un emperador, general u obispo concreto. De igual manera, creemos que la obra podría ganar en fluidez evitando algunas repeticiones, especialmente significativas en lo referido a la presentación de las fuentes literarias. Por último, cabría destacar el irregular tratamiento de los textos latinos y sus traducciones, actualmente incluidos en el cuerpo de texto, pero que quizá podrían haber ocupado, al menos en un gran número de ocasiones, un lugar entre las notas a pie de página.

En resumen, y como valoración final del libro *En el final de Roma. La solución intelectual*, podemos afirmar que Santiago Castellanos aborda la problemática histórica de manera novedosa, construyendo un libro elocuente que maneja con solvencia materiales provenientes de distintos ámbitos científicos tales como la arqueología. Esta obra avanza por un terreno difícil de manera inteligente, con mucha intuición y una gran capacidad para evocar ambientes a través de la literatura de la que parte. Se trata, por tanto, de una monografía ambiciosa que igualmente puede servir a la alta divulgación, a la comunidad universitaria y al lector especializado. En definitiva, una muy buena obra con la que perder el miedo *–ese que ha inventado todos los cuentos–* a los complejos años en los que Roma llegó a su fin.